FRANCISCO AYALA

Tras largos años de destierro, y casi completamente desconocida su obra en la España surgida de la guerra, pues sus libros estaban prohibidos por la censura o llegaban difícilmente a escasos lectores españoles, Francisco Ayala tuvo que plantearse en un cierto momento de su exilio, como otros muchos intelectuales españoles exiliados a consecuencia de la guerra civil, un caso de conciencia. ¿Debería permancer en el destierro hasta que cayera el régimen franquista y un estado liberal hiciera habitable para él su propia patria, o, por el contrario, intentar tomar de nuevo contacto con España y con los españoles del interior, sus posibles lectores? Esta última opción era, sin duda, la que más le tentaba el ánimo, pues se sentía, como diría Unamuno, español hasta la médula, y su mirada de escritor se dirigía a los lectores de su país. Pero no se decidió a volver sin previas dudas y vacilaciones. En 1958 me escribió varias cartas desde Estados Unidos que reflejaban, junto al deseo de regresar a la patria, no pocas reservas. «Tengo la impresión —me escribía el 27 de julio, reciente aún la publicación de su gran novela *Muertes de perro*— de que el ambiente español se me ha hecho enteramente ajeno, y no consigo entenderlo, ni que nadie me lo explique. Recordará usted que tuve interés especial en que se editara en Madrid mi *Historia de macacos,* porque deseaba pulsar la reacción española frente a un libro que —cualquiera que sea su calidad— significaba, como lo significa este de ahora, algo distinto, una nota discordante. El libro se ha vendido, a lo que sé, bastante bien, y he recibido varias cartas de lectores ajenos al campo de las letras profesionales. Pero, en cuanto a aquella reacción, ha sido nula; es decir, no negativa (lo que hubiera entendido bien), sino, sencillamente, ninguna. Y esto sí que no lo entiendo. Porque es el caso que se han producido comentarios escritos en varios países de América, casi todos obra de personas desconocidas para mí, mientras que en España, donde se publicó el libro, cayó en el vacío más absoluto...» En otra carta posterior me

pedía mi impresión sobre la vida cultural española del momento y la posible liberalización del régimen y de la censura. A mi respuesta, de tono más bien pesimista, contestó el 16 de septiembre del 58: «Gracias por su carta, que tan interesante me ha resultado por el cuadro que en ella pinta. Interesante y desoladora. Y mucho me temo que lo dicho por usted no sea sino demasiado cierto. Yo deseo, y al mismo tiempo temo, el momento en que vuelva a España, cosa que ha de ocurrir en cualquier momento...» Por entonces Ayala se había decidido ya por la opción del regreso, aunque sopesase en su interior los inconvenientes de volver a un país, el suyo, donde la libertad brillaba por su ausencia, y la censura maltrataba desconsideradamente al escritor.

A una carta mía en que le comunicaba que un libro de Blas de Otero había sido prohibido en España, me contestó: «La prohibición del libro de Otero, sea cual fuese su contenido, es cosa que produce estupefacción, dada la corta difusión que en cualquier caso alcanza la poesía, y que lógicamente permitiría una coartada de liberalidad, no ya liberalismo, a quienes de otro modo dejan ver tan a las claras su oquedad mental. ¡Qué mundo inmundo!» El año 1958 terminó sin que se decidiese aún a tomar el avión. En enero del 59 me escribió de nuevo: «Llegó Vicente Lloréns, y con él comentamos las noticias que usted me da en su carta, y a las que él agregó detalles, y complementó con otras, de carácter extraliterario, pero concordantes en su sentido, y que llevan el ánimo de uno, de la pena a la indignación, y de ésta a la desesperanza. Los sentimientos, ya viejos, acerca de los muros de la patria mía, que sin duda han de asaltarme cuando me asome a ellos, crean en mí, al anticiparse, una especie de expectativa dolorosa, que hasta ahora me mantuvo, por dos veces, casi a las puertas, y que no sé todavía si esta vez me permitirán traspasarlas. Veremos...» Pero al año siguiente, Ayala pisaba de nuevo tierra española después de más de veinte años de destierro: primero en Argentina, luego en México y, finalmente, en los Estados Unidos, donde alcanzó el máximo prestigio como profesor de literatura española en varias universidades. Su decisión de regresar a su país no era sólo fruto de la nostalgia, pues Ayala está muy lejos de ser un intelectual romántico dominado por el sentimentalismo, sino el resultado de una consciencia razonadora e inteligente. Al término de sus dudas y vacilaciones sobre la conveniencia o no de regresar a España, Ayala llegó a la conclusión de que si algo podía hacer por su país, sobre todo en el plano cultural, y para que su propia obra llegase a su destinatario natural, que era el lector español, no el

americano, tendría que ser entrando en contacto directo con España y su pueblo, pues sólo —salvo casos excepcionales— la presencia viva y personal del escritor puede influir en el clima cultural y moral de su país. Esa influencia puede ser mayor o menor, pero sólo puede darse con la comunicación directa de la persona. El contacto personal de Francisco Ayala —como el de otro gran escritor de su generación: el llorado Max Aub— con las nuevas generaciones de intelectuales españoles, fue doblemente positivo: en primer lugar, la visión cercana del país, de su pueblo, de sus luchas y sus esperanzas enriqueció su conocimiento de la España que no había muerto, pese a la losa, aún pesada, del franquismo: aquella España de los años sesenta, en que ya comenzaba a presagiarse la España futura, la España de hoy; y en segundo lugar, la obra de Ayala, casi totalmente ignorada en su país, sólo comenzó a ser conocida por los lectores españoles a raíz de esa toma de contacto con las nuevas generaciones españolas. A partir de 1960, esos encuentros de Ayala con las gentes de su país —escritores, estudiantes, universitarios, políticos— se repitieron cada año, y su obra fue suscitando un interés cada vez mayor en los lectores, y empezó a interesar también a los editores españoles, que, pese a la estupidez e intolerancia de la censura, pudieron publicar en España algunas de sus obras. Se produjo así, con pleno derecho, la reincorporación a la vida cultural española de un gran escritor, de un intelectual de primer rango. Pero un escritor que no aparece nunca engolado, satisfecho o envanecido de su valía, poseído de su importancia dentro del gremio literario. Por el contrario, quienes le conocen saben de la naturalidad y sencillez de su trato, de su gusto por la charla nada literaria sino comentadora de las cosas que pasan en la calle, en las gentes, en la vida. Y si esas cosas son muy humanas, incluso demasiado humanas, más se complace en comentarlas, quizá porque le interesa más la vida que la literatura, como le ocurría a su paisano y amigo Federico García Lorca. La vida, para Ayala, es un espectáculo a veces apasionante, a ratos grotesco, pero interesante siempre, y digno de ser plasmado en un texto literario.

El caso de Ayala es un caso singular, nada frecuente, dentro del gremio de los intelectuales. El mismo ha hablado de la irregularidad de su carrera literaria y del signo de ambigüedad bajo el que se ha desenvuelto toda ella. Es más, siempre ha procurado, en palabras suyas, «sustraerse al encasillamiento, desdibujando adrede una y otra vez su perfil público». Esa resistencia al encasillamiento, quizá por reacción contra la tendencia común de críticos y lectores a encasillar

a todo escritor en cuanto se asoma a la escena literaria, parece complacerle, y está, desde luego, plenamente justificada en su caso, dada la diversidad de quehaceres intelectuales y literarios a los que se entrega. Porque, ¿qué es Francisco Ayala? ¿Un novelista, un autor de relatos, un ensayista, un crítico e investigador de la literatura, un sociólogo, un profesor? Es todo eso y además un hombre sencillo y cordial, un conversador inteligente, de los que van quedando pocos, un gustador del diálogo desinteresado, de la comunicación con los demás, que prefiere lo natural o lo falso, la verdad a la falacia, y que piensa, como pensaba Antonio Machado, que «un corazón solitario no es un corazón».

Quizá el lector opine que su vieja dedicación a la sociología —por citar uno de sus quehaceres: fue profesor de esa materia en varias universidades americanas y es autor de un importante *Tratado de sociología,* publicado en Buenos Aires en 1947— no casa demasiado con el creador de orbes narrativos que es Francisco Ayala. Pero lo cierto es que sus cualidades de sociólogo no han dejado de serle útiles para sus sondeos e indagaciones, por la vía de la novela o el relato, en la sociedad contemporánea, en sus diversos estratos, zonas y gremios. En una interesante entrevista que le hizo hace algún tiempo Andrés Amorós —uno de los mejores conocedores y críticos de la obra ayaliana— declaró Ayala lo siguiente: «Existen conexiones íntimas entre mis diversas dedicaciones literarias..., y mis escritos de pura invención están ligados, y no, por cierto, de manera demasiado oculta y subterránea, con mis estudios de tipo escolástico, de modo que, lejos de haber abandonado la sociología, ella se encuentra en la base de todos mis escritos» (1). Pero claro es que, tras el sociólogo, y fundido con él, está el moralista preocupado por la crisis espiritual y moral de una sociedad, y por el rebajamiento y degradación de la condición humana y de la sociedad misma. Porque si hay algo claro en la obra narrativa de Ayala es, como ha señalado Amorós, su encarnizada denuncia de la descomposición moral de nuestro mundo, el *desnudamiento* de una sociedad que ha dimitido de sus más altos valores morales. Si esa denuncia, ese desenmascaramiento de muchos rostros de nuestra sociedad toma a veces, en las novelas y relatos de Ayala, formas crueles e inmisericordes, ello no puede reprocharse al escritor, sino a la misma sociedad, que, en su estupidez y en su crueldad, en su hipocresía y su violencia, no parece merecer otro trato. Ayala no ha inventado el lado grotesco e irriso-

(1) Andrés Amorós: «Conversación con Francisco Ayala», *Revista de Occidente,* 68, noviembre de 1968.

rio de la sociedad que con frecuencia se refleja en sus obras. Ocultar la bajeza y degradación de algunos de sus personajes no le parece que sea buen camino para salvarlos. Prefiere poner al desnudo sus lacras y vergüenzas, «escrutar el fondo último de la propia conciencia en nuestra existencia misma». Esa vía purgativa, que conlleva a veces incluso referencias a lo escatológico en el ser humano, es para Ayala el único camino de salvación que puede devolver al hombre su dignidad y su grandeza (2).

JOSE LUIS CANO

Avda. de los Toreros, 51
MADRID-28

---

(2) Francisco Ayala: Prólogo a su antología *Mis páginas mejores*, Gredos, Madrid, 1965.
Av. Toreros, 51
MADRID